

## YUYO

En la soledad de la montaña, aislada del resto, de aquellas que habitan el territorio serrano, estaba ella, única en su especie, o por lo menos en esa ladera. Abatida por el frío y sumergida en su angustia, por el continuo bullying que padecía, todo porque a lo largo de su existencia no había asomado ni una flor, ni un fruto de sus frágiles ramas. El desprecio de los transeúntes, quienes en muchas oportunidades la castigaban con una rama, o en el peor de los casos asentaban sobre ella sus rígidos calzados; víctima también del pellizco de algún niño travieso, que feliz por encontrarse en el espacio más bello otorgado por la naturaleza, trataba con su manos de captar todas las sensaciones que el entorno brindaba.

Una vida catalogada como *yuyo*, la había hecho creer que de eso se trataba, de ser solo un pequeño punto verde en la inmensidad de la sierra; aunque en su interior sabía que el haber permanecido con vida ante las inclemencias del tiempo y la hostilidad de los visitantes, no era en vano sino que había algo que ella no conocía y estaba dispuesta a descubrir. Esa noche bebió desesperadamente el agua del cielo, la cual lavó sus hojas y con la luz del sol fue propicia para erguirse una vez más y hacerle frente a su vida. Más reluciente que nunca, impulsada hacia arriba con sus ramas extendidas y sus hojas más verdes que nunca, se impuso a la montaña, lista para que alguien pudiera elogiarla y descubrir aquello que para entonces era un enigma, para ella, para mi, para todos.

Los días pasaron y por alguna causa que la naturaleza no entiende la ausencia de los humanos fue grande, esos días se prolongaron a más de cien. El frío golpeaba cruelmente la montaña y la ausencia de lluvia se hacía sentir. Un silencio en toda la ciudad aturdió. No hay niños, ni vigorosos jóvenes, ni siquiera un deportista, alguien que recorriera el sendero que subía a la cima de esa majestuosa montaña, para contemplar la asolada ciudad.

Nuevamente sus hojas estaban abatidas, sus ramas un tanto secas y la punzantes palabras que dañan tanto el alma, como aquellas que solo la crueldad en el corazón perverso pueden emitir, comenzaron a sonar nuevamente... *yuyo, yuyo...*

Pero un día, ese silencio se rompió, de pronto unas personas con guantes y guardapolvo blanco y con un instrumental hasta ahora nunca visto por aquellos habitantes serranos, empezaron a recorrer pasivamente la montaña, no por los senderos habituales sino abriendo nuevos e improvisados caminos. De pronto, una lupa gigante se acercó a aquella desfavorecida planta, unos gruesos anteojos, comenzaron a recorrerla con movimientos muy suaves, aquellos guantes tocaron cada una de sus ramas. Y un grito, en medio de la nada, dejó a todos atónitos. Corrieron a esa gran exclamación y, de pronto, ella se veía rodeada por aquel grupo de personas que tenían en sus

guardapolvos, una inscripción que decía *Científico*. ¿Será que su estado deplorable habría sido el atractivo? Ellos se miraron con gran asombro y sonrisas de alegría invadieron su rostro. Se ríen de mí -pensó ella-, otra vez seré burlada, pero aun peor, seré ridiculizada por aquellos que me pondrán con justo conocimiento el título de *Yuyo*.

Un gran maletín se desplegó y el exhaustivo análisis llevó toda la jornada. Invasión por tanta tecnología y a la espera de una palabra que cambiara su destino el sol comenzaba a esconderse en el horizonte.

Hasta que escuchó:

- Luego de un largo tiempo de recorrer nuestras sierras cordobesas, hemos dado con esta planta (sí, dijo planta, no yuyo) que es propicia para la elaboración de la droga que proporcionará la cura para muchos.

Ella, el *yuyo*, la triste, burlada y abatida especie que estaba sola en la ladera, ahora era la planta milagrosa, la más importante, la única y especial, el tesoro de aquellos que bregaban por la sanidad de multitudes. Ahora todo cambio, su entorno y solo por ella, fue declarado reserva natural, la cual recibió su nombre “Muña- Muña”.